

comprender que tenemos un Dios que ha sido capaz de mostrar el rostro de la postura trascendente de la humildad. Y el autor en esta obra deambula desde la experiencia de la realidad humana hasta lo más profundo de la vida íntima de Dios. Para llegar a la conclusión de que Dios se ha hecho humano, ocultando su alta categoría de Dios, para convivir con los hombres y hacernos partícipes y semejantes a su mismo ser y vivir de Dios, todo amor, todo acogida, todo bondad, superando toda situación adversa. Por eso el autor pasa de indicar que su escrito puede causar sorpresa, a tratar de convencernos de que en realidad nos quiere acercar “al más profundo de sus misterios”. Son –como él dice– “reflexiones situadas en la frontera, en el límite de la cordura” (p. 10); pero que nos llevan a concluir que “sólo nos queda vivir en el misterio de la Trinidad, mientras avanzamos, bien apegados a la tierra..., en la locura y en la alegría sin contabilidades del seguimientos de Jesús” (p. 164). Y mientras tanto va uno saboreando, página tras páginas, experiencias vivas, interpretaciones de la realidad de Dios, que nos interpelan, bajo las tesis que profundizan en la humildad de Dios-Padre al meterse en el riesgo de crear..., en la humildad de Dios-Hijo al abajarse hasta hacerse humano para terminar crucificado..., y en la humildad del Dios-Espíritu Santo, actuando desde de la frágil interioridad del la persona humana o de la Iglesia, para llevar a cabo en nosotros y con nosotros la humanidad nueva que Dios quiere ahora de los que creemos en Él: “encarnar en la conflictividad de la historia la novedad evangélica que el Espíritu alienta” (p. 130). Largas reflexiones que pretende llevarnos a incorporar en nosotros lo que hoy sería la identificación con la humildad de Jesucristo, como la más adecuada forma de vivir “la cordura de Dios” (p. 154): su prudencia, su discernimiento, su sabiduría divina actuando hoy en el proceder humano.

JESÚS DOMÍNGUEZ SANABRIA

GONZÁLEZ DE CARDEDAL, O., *El rostro de Cristo*, Ed. ENCUENTRO, Madrid 2012, 437 pp.

Se dice que un teólogo llega a la cima de la madurez cuando elabora una cristología. Olegario G. de Cardedal ha llegado a esa cumbre –más alta que cualquiera de los picachos de La Lastra del Cano (Ávila) donde nació el profesor emérito de la UPSA– y nos ofrece ahora una reflexión profunda sobre la Faz humana de Dios. El libro recibió el Premio de la Crítica, otorgado por el Instituto Castellano-Leonés de la lengua en mayo de 2012.

Estamos ante una obra distinta que es complemento literario y artístico de un tratado cristológico. En Cristo hay dos naturalezas, una persona, una misión, una biografía, un mensaje... y también un rostro que el arte ha reflejado de diferentes maneras. Con rasgos peculiares que recogen momentos de una vida en la que se entrelazan situaciones encontradas y los sentimientos humanos más profundos. En el rostro de Cristo conocemos a Dios –“El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Jn 14,9)– y conocemos también al hombre porque “el Hijo de Dios en su encarnación se ha unido, en cierto modo, con cada hombre” (GS, 22). Dios se puede ver en Jesucristo, ésta es la novedad del Nuevo Testamento, después del prólogo veterotes-

tamentario en el que Dios no podía ser representado. La luz del rostro de Dios es la fuente de la vida, “la gloria de Dios y la gloria del hombre se han identificado en el rostro de Cristo; la gloria del Dios abajada a nuestra tierra, *humus* y humanidad; la gloria del hombre elevada a la altura misma de Dios” (p. 25).

La representación del rostro de Jesús ha sido fuente de inspiración para el arte a través de todas sus manifestaciones. Así se ha abierto la “*via pulchritudinis*” que lleva a la contemplación de la belleza y puede desembocar en el encuentro con Dios que es fuente de vida: “Buscadme y viviréis” (Am 5, 4).

¿Puede resultar irrespetuoso representar el rostro humano de Jesús? El segundo concilio de Nicea legitima la existencia y la veneración de las imágenes (p. 50) y la espiritualidad de nuestro siglo de oro estuvo centrada en la figura histórica de Cristo (pp. 63-64), como sugiere la obra literaria de Teresa de Jesús, Juan de la Cruz o Fray Luis de León. “Lo que para la Madre Teresa eran la pintura e imaginación como caminos para acercarse a Cristo y contemplar su rostro son para San Juan de la Cruz la poesía y el símbolo” (p. 67). Fray Luis de León se mueve más en el terreno de la sabiduría bíblica que en el de la experiencia espiritual.

También los pintores y escultores se han situado frente al rostro de Cristo. En la representación pictórica, la primacía la tiene el crucificado. Tres pintores y tres obras merecen mención especial para Olegario G. de Cardedal: El Greco y su Expolio (Sacristía de la Catedral de Toledo), Velázquez y su Cristo en la Cruz (Museo del Prado) y M. Grünewald y su Crucifixión (Museo de Unterlinden. Colmar).

Pintores y novelistas han preferido esbozar el rostro de Cristo en su fase doliente y de mayor debilidad. “Sin duda porque han adivinado una belleza absoluta en la fusión de dolor y compasión, de amor y de muerte, de desfiguración mundana y figuración eterna” (p. 107).

El rostro de Jesús en el tramo final de su vida –pasión y muerte– nos sitúa ante una pregunta insondable: ¿Cómo es posible que el sanador de tantos enfermos, el hombre que pasó por el mundo haciendo el bien, el más bello de los hombres (Salmo 45, 2), aparezca desfigurado por los ultrajes y los golpes con que se castigaba a los malvados y los enemigos del pueblo? Es el escándalo y el misterio del mal y del dolor innecesario que ha servido de argumento para el ateísmo y la rebeldía. A este interrogante responde Olegario G. de Cardedal desde lo que él llama “el triángulo hermenéutico” de Cristo o las tres fases en las que se despliega su vida: la predicación del reino de Dios y su acreditación por los milagros, la pasión y condena a ser crucificado y la experiencia de su resurrección en el encuentro con los discípulos (p. 145). Son las tres igualmente esenciales y no se pueden entender las unas sin las otras. “La Pasión de Cristo es la expresión concreta de la libertad de Jesús portando –padeciendo sobre sus espaldas los pecados del mundo y haciendo de su dolor súplica de perdón hasta el Padre” (p. 165). Por eso, “la pasión de Cristo es la pasión de todos los hombres y la pasión de todos los hombres es su pasión” (p. 166).

La muerte de Jesús es el final de alguien que anunció el reino de Dios como vencedor de todos los poderes negativos. Este proyecto supone enfrentarse con dos



hechos a primera vista invencibles: el pecado y la muerte. Una confrontación todavía vigente: "Jesús sigue siendo el crucificado aun después de resucitado, mientras quienes formamos parte de su nuevo cuerpo en el mundo no seamos plenamente partícipes de su redención" (pp. 189-190). La pasión sigue viva porque continúa habiendo hombres crucificados y porque, mientras dure la historia, el Mesías no ha consumado su misión. Este recuerdo de la pasión de Cristo (*memoria passionis*) ha tenido un reflejo plástico en representaciones, desfiles procesionales, imágenes, obras musicales... Los nombres de Juan Sebastián Bach, Tomás Luis de Victoria, Gregorio Hernández, Pedro Calderón de la Barca, Fray Antonio de Guevara, El Greco, Velázquez, etc., van unidos a testimonios de la pasión de Cristo en la música, la escultura, la pintura o la literatura.

La obra se cierra con dos capítulos monográficos particularmente interesantes. "El deseo de Dios y el amor a las letras. Arte y espiritualidad monástica durante los siglos XVI y XVII" y "Biblia y teatro. Dimensión dramática del pensamiento bíblico". El primero reivindica el papel cultural de los conventos y monasterios en la España de los siglos XV y XVI. La paradoja de la vida monástica es que, aunque pueda parecer excéntrica, separada de las voces y de los ecos de la sociedad, confluyen en ella las esperanzas, angustias e ideales de un pueblo y una cultura. "En pocos momentos de la historia de la Iglesia habrá sido más profunda la ósmosis entre sociedad, cultura y religión que en el siglo XVI español, todo él transido de sustancia religiosa, de pasión de Dios y de voluntad de llevar la utopía evangélica a sus realizaciones más radicales, tanto en el orden de la pobreza como de la afirmación de la fe entera frente a los herejes, y del anuncio del evangelio a los pueblos recién descubiertos. Dios era la suprema evidencia de ese siglo, la primera necesidad y la única suficiencia" (p. 292). "Intimidad y publicidad, interioridad y exterioridad, claustro y siglo van a vivir en una interacción profunda. Ninguna soledad, ningún retiro monástico puede exilar a sus miembros de lo que es la conciencia humana, que los rodea, de la que vienen y en medio de la que respiran" (p. 295).

El apartado titulado "Biblia y teatro. Dimensión dramática del pensamiento bíblico", presenta la convergencia entre el libro sagrado y la puesta en escena. Si el teatro es la metáfora de la vida humana, la Biblia es la metáfora de Dios, afirma el autor (p. 347). La experiencia religiosa también tiene su dimensión dramática porque las experiencias humanas fundamentales "son asumidas en la conciencia y el pensamiento religioso, a la vez que van siendo retomadas a lo largo de la historia, en el horizonte de esperanza agónica propia de la tragedia" (p. 355).

El libro del profesor Olegario González de Cardedal tiene como trasfondo un conjunto de reflexiones aisladas. De carácter más teológico alguna como es el capítulo que da título a la obra. Confiesa, al final, que su contacto con las distintas muestras de *Las Edades del Hombre*, celebradas en distintas ciudades de Castilla y León, no es una circunstancia ajena a la elaboración del libro. En cada una de las ediciones de *Las Edades del Hombre* se ha mostrado una historia universal y, sobre todo, la historia creyente de unos hombres que vivieron en épocas y escenarios diferentes. La Iglesia, como patria de la belleza, recogió y ha conservado la espléndida aportación de los artistas que ha traspasado el tiempo por su valor incommensurable.

Muy en línea con la sensibilidad del papa Benedicto XVI por la belleza, Olegario González de Cardedal ofrece unas claves para la lectura del arte religioso como lugar de la presencia de Dios. Así como las relaciones fe-ciencia se han caracterizado por el desencuentro, hay un amplio repertorio de argumentos que nos hablan de cómo el arte y la fe se han fundido, a través de la historia, en un abrazo cordial. En definitiva, la fe no limita el genio del artista, sino que le invita a traspasar el umbral de lo periférico y a contemplar con desde la fascinación un mundo último e invisible a los ojos humanos que hace bello el mundo presente.

SANTIAGO M. INSUNZA

LADARIA, L. F., *El hombre en la creación*, BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS, Madrid 2012, xvii – 152 pp.

La presente obra es el texto original de la traducción italiana de la primera parte de *Antropologia teologica. Nuova edizione* (Casale Monferrato, Roma 1995), edición revisada y ampliada de la clásica obra de Ladaria titulada *Antropologia teologica* (Madrid-Roma, 1983). Ofrece una reflexión teológica de la creación del mundo y del hombre desde la revelación de Dios, principal fuente de conocimiento sobre el hombre, centro de la creación desde el punto de vista de la fe, enriquecida con las aportaciones de los padres de la Iglesia, el magisterio, el concilio Vaticano II, la filosofía, las ciencias humanas y la propia experiencia del hombre en su relación con Dios. El autor expone con claridad la doctrina de la creación en Cristo; la creación del hombre a imagen de Dios; el contenido cristológico de esa antropología; las consecuencias del pecado en el hombre como criatura; la dignidad y libertad del ser humano; y el alcance de su actuación en el mundo como agraciado por el misterio salvífico de Cristo. La articulación de las ideas y concepciones de la creación del mundo y del hombre por Dios, y de su "creaturidad", se ofrece teniendo presente el proceso de elaboración de la noción de creación en la Biblia y en la tradición de la Iglesia. En el concepto de "autonomía de la realidad temporal" (pp. 53-61) los creyentes descubren la voz en Dios en el lenguaje de la creación, a pesar de la ambigüedad del mundo y de toda la realidad humana. El mundo, no obstante, es don de Dios y las criaturas su máxima elevación, consecuencia de su libertad soberana, esto es, no limitada e incondicional (p. 71). De ahí que la doctrina de la creación de la nada se resuma en que "todo lo que existe procede de Dios absolutamente" (p. 74), sin perder de vista el carácter evolutivo del universo, la cooperación del hombre en la obra creadora y el carácter cristocéntrico de la creación. En este sentido, aunque "la creación ha sido finalizada en Cristo" (p. 80), se prolonga en el tiempo mediante el cuidado que Dios presta a todas sus criaturas, la cooperación de éstas en el ejercicio de su libertad, y la acción salvífica de Dios hacia los hombres por medio de Cristo hasta la consumación de los tiempos. El cuidado amoroso de Dios hacia sus criaturas, la providencia divina, la omnipotencia de Dios y su voluntad salvadora chocan cuando el hombre obra el mal. Parece como si Dios quedase comprometido ante el mal, el dolor y el sufrimiento. ¿Cómo es posible que la libertad humana pueda impedir la acción de Dios y del poder de su Espíritu? "La fe cristiana no nos